



Domingo de la Palabra de Dios

Subsidio litúrgico
para el celebrante

III Domingo del tiempo ordinario

Domingo, 21 de enero de 2024



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Alrededor de tu mesa (CLN, A 4) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antifona de entrada (Sal 95, 1. 6):

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra. Honor y majestad le preceden, fuerza y esplendor están en su templo.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Señor, que dirige nuestros corazones
para que amemos a Dios,
esté con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

El Domingo de la Palabra de Dios es una invitación a escuchar con más atención y agradecimiento la Palabra que Dios nos dirige, a responder con mayor alegría y decisión, a vivir con más entusiasmo y esperanza, a practicar cada día con mayor vigor y a orar para que el Espíritu Santo abra nuestros oídos y nuestros corazones.

Que la Virgen María nos acompañe en este domingo con el ejemplo de su vida y su constante intercesión, para que estemos siempre abiertos para escuchar la Palabra de Dios, meditarla y saborearla, anunciarla, celebrarla y vivirla cada día.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que eres la Palabra que siempre nos empuja a la conversión, a crecer y mejorar, a soñar y preparar nuevos odres para tu vino siempre nuevo: Señor, ten piedad.

℟. Señor, ten piedad.

Tú, que eres la Palabra que nos convoca a formar familia, a sentirnos hijos e hijas amados de Dios, llamados a construir fraternidad con todos: Cristo, ten piedad.

R̥. Cristo, ten piedad.

Tú, que eres la Palabra que nos impulsa a llevar la Buena Noticia del reino a todos los rincones de nuestro mundo: Señor, ten piedad.

R̥. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

R̥. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DIOS, todopoderoso y eterno,
orienta nuestros actos según tu voluntad,
para que merezcamos abundar en buenas obras
en nombre de tu Hijo predilecto.

Junta las manos.

**Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1) PRIMERA LECTURA: Jon 3,1-5.10

Jonás fue enviado por Dios para anunciar a los ninivitas un mensaje de conversión. Jonás huyó en dirección opuesta a la que el Señor le proponía. Pero, cuando volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia Nínive, su predicación tuvo un efecto fulminante.

Hemos escuchado: «Vio Dios su comportamiento, cómo habían abandonado el mal camino, y se arrepintió de la desgracia que había determinado enviarles. Así que no la ejecutó». Seguramente nosotros no transitamos por un «mal camino», pero podemos llevar un «camino malo», lleno de tristezas, de resquemores, de desencuentros, de amarguras, de sinsabores, de inquietudes.

El papa Francisco escribe en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: «Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida» (n. 2).

2) SEGUNDA LECTURA: 1 Cor 7,29-31

En nuestra historia descubrimos dos ritmos. Uno hecho de momentos cuantitativamente idénticos: segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, etc. Y el otro, más amplio, marcado por nuestra evolución: nacimiento, infancia, adolescencia, juventud, madurez, senectud, muerte.

Cada tiempo de estos dos ritmos tiene un valor propio. Cada uno puede ser momento privilegiado de encuentro con el Señor. La fe nos ayuda a descubrir el significado profundo de estos tiempos.

San Pablo nos advierte: «El momento es apremiante». Y añade: «La representación de este mundo se termina». Estos versículos están orientados hacia una inminente parusía. La recomendación indica el camino del desprendimiento, puesto que no hay que contraer nuevos compromisos cuando todo puede acabar.

El fin cercano de la historia relativiza los valores terrenos y las situaciones transitorias. Se repite cinco veces la expresión «como si no» para subrayar que las realidades terrenas deben valorarse en función del reino de Dios.

El «gran teatro del mundo» nos es solamente el escenario donde se desarrollan los acontecimientos que marcan nuestro pasado, nuestro presente y nuestro porvenir. Es también un ámbito donde se representa un drama vital, no exento de apariencias y ficciones.

El papa Francisco nos recomienda: «Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la buena nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo» (EN 75)» (EG 10).

Y señala un peligro: «Así se gesta la mayor amenaza, que “es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad”. Se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como “el más preciado de los elixires del demonio”. [...] ¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!» (EG 83).

3) EVANGELIO: Mc 1,14-20

Encontramos dos escenas. Sorprende la fuerza de los principales verbos: «entregar», «marchar», «proclamar», «decir», «cumplir», «estar cerca», «convertirse», «creer». Y, en la segunda escena: «pasar», «ver», «decir», «venir», «seguir», «hacer», «llamar», «dejar», «marchar».

Vemos las dos escenas:

- a) La primera tiene un indicador temporal, un espacio, un personaje central y un contenido.

El indicador temporal es el momento del arresto de Juan el Bautista que señala el inicio de la actividad pública de Jesús («Después de que Juan fue entregado»).

El espacio es Galilea («se marchó a Galilea»), una región hasta entonces insignificante.

El puesto central lo ocupa Jesús, que hace oír su voz no como un profeta más, sino como aquel en quien, al llegar la plenitud de los tiempos, el reino de Dios comienza a ser realidad.

El contenido es la proclamación del «evangelio de Dios», que recoge las palabras de Jesús: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el evangelio».

Los dos imperativos («convertíos» y «creed en el evangelio») vienen después de dos anuncios («se ha cumplido el tiempo», «está cerca el reino de Dios»). El compromiso es consecuencia del anuncio. Solamente quien recibe la buena noticia está en condiciones de responder.

El «tiempo» significa el momento oportuno, la ocasión favorable, el plazo propicio. No se trata de un tiempo cuantitativo, sino de su dimensión cualitativa. Es un tiempo especial.

Los agricultores saben distinguir la plenitud de los tiempos, cuando el tiempo llega a su sazón.

b) La segunda escena tiene un escenario concreto: se desarrolla «junto al lago de Galilea». Los personajes son Jesús y luego Simón y su hermano Andrés, Santiago y su hermano Juan.

El elemento central es la llamada de Jesús: «Venid en pos de mí». Solemos destacar la respuesta a la llamada: Simón y Andrés «inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron». Santiago y Juan «dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él». Nos anima ver la respuesta decidida y el cambio de vida que significa «dejaron las redes» o «dejaron a su padre Zebedeo [...] con los jornaleros».

Pero es preciso detenerse en la llamada de Jesús. A Simón y Andrés, «Jesús les dijo: “Venid en pos de mí”»; a Santiago y Juan «los llamó». ¿Qué tiene Jesús que puede invitar de un modo tan directo? ¿Qué poder de atracción va unido a este «en pos de mí»? Ahí tenemos una clave: en el centro de la invitación está una persona.

Lo recordaba Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus caritas est*, 1).

El primer signo del reino de Dios es la fraternidad que Jesús crea en torno a sí mismo. Él no realiza su misión en solitario, sino que construye un tejido de relaciones a su alrededor y llama a su seguimiento.

Los maestros de la ley aguardaban a que sus discípulos se acercasen a ellos para comenzar un tiempo de convivencia y de magisterio. Sin embargo, Jesús es quien toma la iniciativa, invita y convoca a seguirlo, a caminar con él.

Nos detenemos en el encuentro de la primera escena. El Señor sale a nuestro encuentro para darnos cuatro indicaciones:

1.^a «Se ha cumplido el tiempo»; es decir, el tiempo ya no es una sucesión monótona de instantes idénticos unos a otros, sino que se ha convertido en ocasión favorable, momento oportuno, tiempo de gracia. Ha llegado la plenitud.

2.^a «Está cerca el reino de Dios». Las antiguas expectativas comienzan a cumplirse. Reino de Dios es una expresión arraigada en el Antiguo Testamento. Resume la esperanza de Israel para los tiempos mesiánicos. En labios de Jesús adquiere el significado concreto de la soberanía universal de Dios. El reino de Dios es Jesucristo en persona. Con él comienza un nuevo modo de contar el tiempo y una manera diferente de vivir, de pensar, de sentir, de compartir.

El reino de Dios es un don, un ofrecimiento, pero espera una respuesta de acogida que se expresa en dos actitudes: conversión y fe.

3.^a «Convertíos». La conversión significa una rectificación, un regreso, un cambio de dirección. Se trata de dejar el aire fúnebre,

el aspecto triste de cristianos resentidos, quejosos, sin vida. Debemos abandonar la «psicología de la tumba» que nos convierte en «momias de museo», según expresiones del papa Francisco, para ser evangelizadores con Espíritu, testigos gozosos de la buena noticia.

4.^a «Creed en el evangelio». Jesús nos comunica una noticia magnífica, porque él mismo es la buena noticia, alguien novedoso, sorprendente, que nos devuelve el aliento y la esperanza.

El primer signo de la llegada del reino es la fraternidad. Jesús llama a un grupo de hombres humildes, con los que quiere compartir su vida y su misión y a los que transforma en pescadores de hombres. La llamada de los primeros discípulos es un ejemplo claro de conversión y de fe.

El Espíritu Santo es el que hace posible la conversión de los corazones, la transformación profunda de las personas, y surge un nuevo estilo de vida, que se caracteriza por la fraternidad.

El encuentro con el Señor es un momento decisivo en la vida de los discípulos. Lo cierto es que allí tuvo lugar un viraje, más aún, un cambio total de perspectiva.

Este giro en la vida, esta transformación de todo su ser, no fue fruto de un proceso psicológico, de una maduración o evolución intelectual y moral, sino que llegó desde fuera: no fue fruto de su pensamiento, sino del encuentro con Jesucristo. La llamada está relacionada con la vinculación con una persona. La iniciativa de Jesús, que llama y crea la decisión de seguirlo recuerda la iniciativa y la autoridad con que Dios llama a los profetas para realizar una misión a favor del pueblo. Ser «pescadores de hombres» significa reunir a los miembros dispersos del pueblo de Dios.

También nosotros podemos encontrarnos con Cristo en la lectura de la Sagrada Escritura, en la oración, en los sacramentos, en la vida litúrgica de la Iglesia, en los hermanos necesitados. Podemos tocar el corazón de Cristo y sentir que él toca el nuestro. Solo en

esta relación personal con Cristo, solo en este encuentro con Jesús nos convertimos realmente en cristianos. Así se abre nuestra razón, se abre toda la sabiduría de Cristo y toda la riqueza de la verdad.

Necesitamos que alguien nos abra los ojos del corazón. El corazón de la persona necesita siempre que alguien le hable y que alguien lo ame. Somos constitutivamente relación. Somos mendigos de amor. Muchos nacen y no oyen nunca una palabra de amor. Viven en soledad, indiferencia o resentimiento. Vivimos en un mundo carente de ternura. El Espíritu Santo nos abre el corazón.

4) SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

Según el papa Francisco, «celebrar el Domingo de la Palabra de Dios expresa un valor ecuménico, porque la Sagrada Escritura indica a los que se ponen en actitud de escucha el camino que seguir para llegar a una auténtica y sólida unidad» (*Aperuit illis*, 3).

Desde el 18 hasta el 25 de enero celebramos la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. Rezar por la unidad de los cristianos responde al deseo del Señor: «Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21).

El Domingo de la Palabra de Dios se celebra dentro de esta semana, que es una oportunidad para intensificar nuestra plegaria para pedir al Señor que nos conceda la unidad visible de la Iglesia. La unidad es un regalo de Dios, y no simplemente el resultado de un esfuerzo humano. En la medida en que todos los cristianos escuchemos la Palabra de Dios y caminemos hacia Cristo, reconoceremos en él el centro de la unidad. Y el Espíritu Santo nos conducirá hacia la meta de la unidad.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

En este Domingo de la Palabra de Dios presentamos al Señor nuestra oración con humildad y confianza.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Para que la Iglesia continúe caminando tras las huellas de Jesucristo, proclame con alegría el evangelio y contribuya a aliviar las enfermedades y dolencias del pueblo. Roguemos al Señor.

2. Para que contemplemos la luz grande que brilla en medio de nosotros, incluso cuando habitamos en tierras oscuras. Roguemos al Señor.
3. Para que la Palabra de Dios sea proclamada con fe, acogida con gratitud, vivida con intensidad y testimoniada con pasión. Roguemos al Señor.
4. Por quienes pasan necesidad, por quienes sufren a causa de las guerras, las enfermedades, la soledad, la ancianidad, el abandono o la falta de trabajo, para que encuentren respuestas y compañía. Roguemos al Señor.
5. Para que anunciemos el evangelio, no con sabiduría de palabras, sino con la eficacia de la cruz de Cristo. Roguemos al Señor.
6. Para que el Espíritu Santo llene los corazones de todos los cristianos, sea fermento de comunión y nos conceda el don de la unidad visible. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

DIOS Padre todopoderoso,
que aumentas nuestra alegría
y nos concedes gozar en tu presencia,
haz que desaparezcan las divisiones entre los cristianos,
aliméntanos con tu Palabra
y suscita respuestas generosas
en el corazón de quienes llamas para seguirte.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Pescador de hombres (CLN, 407) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

CONCÉDENOS Dios todopoderoso,
que cuantos hemos recibido tu gracia vivificadora
nos gloriemos siempre
del don que nos haces.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

R̄. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

El Señor os bendiga y os guarde.

Rx. Amén.

Haga brillar su rostro sobre vosotros y os conceda su favor.

Rx. Amén.

Vuelva su mirada a vosotros y os conceda la paz.

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podéis ir en paz.

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española